

Recuerdos de Marruecos

## Aquella Pascua Musulmana

### Inolvidable fiesta en un país exótico y legendario

por OTES

Siempre recordaré aquella fiesta moruna. Porque por su singular, exótico y simpático ambiente en que se desarrolló, quedo plasmada en la tela de mi memoria, cual film excepcional difícil de hallar cabida en el archivo del olvido.

Tetuán, al igual que todo el mundo islámico, celebraba a la sazón la Pascua Grande, más conocida por la Pascua del Aid-El-Kebir. Unas fechas señaladísimas del calendario musulmán.

Si las Navidades no respetan en el orbe católico gallo o pavo alguno, la Pascua del Aid-El-Kebir condena a la última pena al borrego. El típico cordero asado — los famosos «pinchitos» — no puede faltar en ninguna mesa (?) mahometana en esos días alegres y felices.

En todo Marruecos tienen lugar enormes concentraciones del lanudo animal, el cual es puesto a la venta pública por sus dueños. Es curiosísimo observar el «regateo moruno». Y los resultados, sobre todo. También causa pavor el gran desfile de borregos que, en las vísperas de la solemnidad, se forma por las calles de cualquier ciudad o pueblo marroquí.

Tras un mes de ayuno severísimo llamado el «Ramadán» — treinta días de penitencia, mortificación, etc. —, llega el Aid-El-Kebir. Por eso, la alegría musulmana es desbordante.

En mi periódico — «Diario de África» — teníamos un fotógrafo musulmán. Y fuimos invitados todos sus compañeros a una fiesta que, en nuestro honor, daba en su casa, Mohamed Le-boh, tal era su nombre, vivía en pleno corazón de la Alcazaba o Barrio Moro. Cerca de la Gran Mezquita. Guiados por su mano, nos introducimos en la morería. Las estrechas callejuelas que forman un curioso laberinto, nos brindaban y descubrían a un tiempo ciertos aspectos interesantes de la vida y del costumbrismo árabe, de los cuales, siempre adelantándose a nuestras posibles preguntas que nos quemaban la lengua y que parecía como si las adivinara, Mohamed nos daba una sabia explicación.

La Alcazaba preñada de misterio y tradición, con sus viviendas de mi-

niatura, blancas como la nieve — en cada puerta un comercio —, no brillaba, desde luego, por su aseo, aunque esta aseveración contraste con lo dicho anteriormente. Pero cuando al parecer llegábamos al término del viaje, el panorama empezó a sufrir una especie de metamorfosis, puesto que el bullicio característico del mentado barrio provocado por las transacciones mercantiles, languidecía visiblemente y la limpieza asomaba timidamente la cabeza.

Y así arribamos a nuestro destino. El moro habitaba un pequeño palacio tipo oriental, sin que faltaran en él los últimos adelantos modernos: radio, teléfono... Subimos por unas escalerillas y abrióse la puerta de la mansión. Apareció tras la misma una mujer; una señora relativamente joven. Era la esposa de Mohamed, nuestro buen amigo. Vestía a la europea y lucía un elegante modelo muy en consonancia con la moda que, a no dudar, causaría envidia a más de una Eva española. No puede decirse que era bella en toda la extensión de la palabra; pero sus rasgos morunos maravillosamente dibujados en la tez morena, y sus ojos y cabellos negros como el ébano, le otorgaban un encanto peculiar, singularísimo. Su simpatía y jovialidad desconocían límites. Y hablaba un aceptable español. Luego de las presentaciones rituales, pasamos al interior.

Una coquetona salita adornada con objetos, pinturas, mobiliario y cortinajes de puro sabor oriental, constituyó el delicioso marco en que transcurrió la velada inolvidable. Allí charlamos largo y tendido de las costumbres de esa raza legendaria, y allí nos fue presentado el resto de la familia. Una hermana de la Sra. Er Himo de Le-boh, ataviada con un vestido idéntico al de aquélla; su marido un hombre amable de mediana edad; y una niña. O al menos así a primera vista nos lo pareció, pues luego resultó con la consabida sorpresa por parte de todos, que la «pequeña» pese a su corta edad e incompleto desarrollo físico, llevaba a rastras el lastre de la desgracia. Aparentaba unos 13 ó 14 años. Tenía en realidad, 16. Y había-se casado con un hermano de raza

que rondaba los 40, hacía apenas 3 años, de cuyo matrimonio nació un precioso bebé. Pero el destino, cruel y despiadado, reservó a la simpática morita la amarga decepción del divorcio con todo el peso de sus graves consecuencias. Y para que el crío que vino al mundo no quedara desamparado, fué adoptado por nuestro fotógrafo a quien la Naturaleza se le había mostrado hostil a la hora sublime de convertirse en padre.

Esa fué la pinclada triste de la fiesta, aunque, por otra parte, la misma puso en evidencia que los sentimientos humanos, afortunadamente, no conocen las fronteras impuestas por ciertas religiones y razas.

Sonó la hora del banquete. Y sobre una mesa — nosotros estábamos sentados en unos cómodos sofás con cojines caprichosos — aparecieron los manjares preparados por la cocina moruna. Cordero, gallina, pollo... Excelentes platos! Faltó el vino, por cuanto el Corán prohíbe el uso de bebidas alcohólicas; pero ello quedó perfectamente compensado con la clásica y típica bebida que llenaban las teretas.

La fiesta iba adquiriendo animación. Hacia el final empezó la «serenata» Y nuestro espíritu se deleitó oyendo populares y bellas canciones morunas, que entonaban dulcemente las «fátimas». Atraídas por la explosión del artefacto alegre que llevamos los humanos escondido en nuestro ser, hicieron irrupción en la estancia unas jóvenes vecinas. Iban enveladas. Pero en un santiamén se unieron a la civilización de Occidente. Y aparecieron como por arte de magia unos rostros hermosos, tersos... Uno, francamente, no llega a comprender por qué diantre se empeñan en ocultarlos...

Algunos de mis compañeros, Gómez, Nisa, Yrissarri, Lancha, Lara y Morales, no terminaron la fiesta con los demás, ya que las obligaciones se lo impedían. Quedamos allí unos pocos: Rangel, Borrego, Valero, Rubio y el que firma.

La noche era tranquila y sumamente bella. La luna y las estrellas brillaban en el firmamento. Y el guiño de una cálida invitación a la danza, empezaba a seducirnos...